

el papa y la iglesia

ambigüedad, poder y unidad imposible

El papa, más popular que nunca

En el uso de la lengua castellana, la palabra **popular** se aplica a la persona que tiene muchos partidarios, admiradores o simpatizantes entre el pueblo, y por extensión, también a la que los tiene en todas las clases sociales¹. Exactamente eso es lo que está ocurriendo en estos días con la figura del papa. Jamás se había hablado tanto y en todos los rincones de la tierra del jefe supremo de la Iglesia católica. Naturalmente, en esta explosión de popularidad ha influido decisivamente el hecho insólito de que en pocas semanas se hayan muerto dos papas y se hayan tenido que celebrar dos conclaves. Eso sólo ya es lo suficientemente curioso como para llamar la atención de la opinión pública en casi todos los ambientes.

Pero no se trata sólo de eso. Porque ya antes de la sorprendente muerte de Juan Pablo I, las agencias de noticias y las cadenas de televisión de casi todo el mundo se habían ocupado extensamente de este asunto, concediéndole una significación y una importancia de primera magnitud. Y no se diga que todo ha consistido en una especie de despliegue publicitario de grandes proporciones organizado por los medios de comunicación social. Eso, por supuesto, se ha producido, al menos en cierta medida. Pero ha habido algo más. Baste tener en cuenta que en la misa de entronización del difunto Juan Pablo I estaban presentes más de 160 representantes oficiales de otros tantos países: reyes, jefes de estado, presidentes de gobierno, ministros plenipotenciarios y delegaciones extraordinarias de todos los colores, de todas las ideologías y de casi

(1) M. MOLINER, *Diccionario del uso del Español*, Madrid 1975, vol. II, 803.

todos los rincones de nuestro mundo conocido. Semejante concentración de personalidades se produce en raras ocasiones. Prueba inequívoca de que la figura del papa juega un papel de singular importancia en nuestro mundo y precisamente en este momento.

Pero hay más. Porque no se trata sólo de la popularidad a nivel de las altas esferas, donde indudablemente influyen los intereses de la política y los convencionalismos que impone el poder. También el hombre de la calle, la gente sencilla, los creyentes convencidos y los que no creen tanto, casi todo el mundo se ha sentido más o menos interesado por la muerte de los dos últimos papas y por las consiguientes especulaciones sobre quiénes podrían o deberían ser sus sucesores. Antes del primero y del segundo conclave se han aireado listas de «papables» para todos los gustos: periodistas, escritores, políticos, teólogos y obispos dando su opinión sobre el asunto, y hasta los cerebros electrónicos trabajando a toda máquina, para ver si entre todos se podía adivinar quién iba a ser el personaje clave, el hombre decisivo puesto por Dios, según se ha dicho, para regir los destinos de la Iglesia católica. En los días que han precedido a ambos conclaves se ha asegurado, una y mil veces, que en la elección del nuevo papa estaba en juego el futuro de la Iglesia, la esperanza de una etapa nueva para la cristiandad, el porvenir de la fe en el mundo, la paz y la concordia entre los pueblos y otra serie de cosas más o menos importantes, algunas ciertamente exageradas, pero todas ellas de gran envergadura.

Aun aceptando la inevitable dosis de curiosidad y sensacionalismo que hay en todas estas cosas, resulta innegable un hecho que salta a la vista de todo el mundo: la Iglesia católica se ha llegado a organizar de tal manera que el papa, su jefe supremo y pastor universal, desempeña un papel de considerable importancia a nivel de la opinión pública mundial, y, sobre todo, ejerce una función decisiva en el funcionamiento de la Iglesia misma. La ideología personal del papa, su mentalidad, su talante, sus convicciones políticas, su figura y hasta su sonrisa son cosas que interesan en grado sumo a casi todos los creyentes, sobre todo a los católicos, incluso a aquellos que dicen que, a fin de cuentas, el papel del papa no es tan importante en la Iglesia. Porque todos sabemos de sobra que sí es importante. Y lo seguirá siendo, por más que algunos se empeñen en decir lo contrario, mientras la Iglesia siga funcionando como hasta ahora.

Estos son los hechos y ésta es la situación. Pero, ¿qué pensar de todo esto?

El precio de la popularidad

Por supuesto, habrá quienes a estas alturas se sentirán orgullosos de que el jefe supremo de la Iglesia, el «vicario de Cristo», siga desempeñando un

papel tan importante a nivel de la opinión pública y en la organización interna de la Iglesia. Para los que sienten tal orgullo es sin duda un triunfo de la fe y de la Iglesia el hecho de la popularidad universal del papa. Porque en ello ven el signo más evidente de la vitalidad y energía del catolicismo.

Sin embargo, a poco que se piense en este asunto, enseguida comprende uno que hay razones serias para dudar de que efectivamente toda esa popularidad sea un hecho positivo y beneficioso para la vitalidad de la fe y de la Iglesia en el mundo. Y, sobre todo, un hecho positivo y beneficioso para los hombres, sean o no creyentes.

En efecto, lo primero que se puede decir a este respecto es que la popularidad universal del papa, al menos la que nos ofrecen los medios de comunicación social, se ha conseguido a costa de un precio muy alto. El hecho de que en la misa de entronización de Juan Pablo I estuvieran presentes las delegaciones oficiales y los altos dignatarios de más de 160 países del mundo es la señal más evidente de la enorme popularidad del papa. Pero es también evidente que esa popularidad le ha costado a la Iglesia demasiado cara. Porque su precio es exactamente **la ambigüedad**. Ambigüedad, ante todo, del mismo papa. Ambigüedad también de lo que el papa puede decir al mundo. Y ambigüedad, en consecuencia, del mensaje que la Iglesia puede transmitir a los hombres.

No hace falta esforzarse demasiado para comprender la razón de ser y las consecuencias de esa ambigüedad. El hecho es que con motivo de la elección del nuevo papa han venido a coincidir, en el mismo sitio y en la misma ceremonia, los dictadores y los demócratas, los capitalistas y los socialistas, los grandes responsables de la carrera de armamentos y los desgraciados que sufren las consecuencias de semejante despilfarro. Y todos allí, rodeando el altar de la Eucaristía, en sitials preferentes y recibidos con todos los honores ².

(2) Decir esto de los gobernantes será considerado por muchas personas como una afirmación exagerada e injusta. Por eso, me parece necesario hacer las siguientes observaciones. Ante todo, cuando aquí se habla de «gobernantes», no se trata de enjuiciar el comportamiento ético de determinadas personas, sino el funcionamiento de unos sistemas políticos y económicos cuyas consecuencias prácticas son la dominación, la explotación y el sufrimiento de muchos millones de hombres. Para comprender este último punto, baste tener en cuenta lo que representa la fabricación y el comercio de armamentos bélicos en el mundo. Sobre este particular existe una abundante y documentada bibliografía: **The Arms trade with the third World**, SIPRI, 1971; B. ENGELMANN, **Los traficantes de armas**, Madrid-Alianza 1973; **La France trafiquant d'armes**, París-Masparo, n.º 74; STANLEY, **The international Trade Arms**, PEATON-I.I.S.S.; J. P. PRATS, **La guerra y el desarme**, Barcelona-Salvat, col. GT n.º 48; E. RUIZ GARCÍA, **El libro rojo del desarme**, Seminarios y Ediciones, 70; S. MELMAN, **El capitalismo del Pentágono**, Madrid-Siglo XXI, 72; **The military Balance 1973-1974**, I.I.S.S.; **World Armaments and Disarmaments**, SIPRI, Yearbook 1972, 1973 y 1974; Conseil P. de l'Épiscopat Français, **Reflexions sur le commerce des armes**; Varios, **El poder militar en Italia**, Madrid-Fontanella; G. THAYLER, **El negocio de la guerra**, Madrid-Plaza y Janes, 71; V. FISAS ARMENGOL, **El comercio de las armas**, Vida Nueva n.º 989, 5 de julio de 1975,

Si hago referencia a este hecho es porque me parece altamente simbólico y expresivo de lo que podríamos llamar la línea general de conducta de la alta política vaticana. Una línea que se mueve inevitablemente, tal como están las cosas, en la ambigüedad, sin definirse exactamente, quizás tajantemente, en cosas en las que debería definirse con mayor nitidez.

Pero antes de seguir adelante con estas consideraciones, me parece que es de justicia hacer una advertencia importante. Creo que todos los hombres de buena voluntad estarán de acuerdo en reconocer lo que tienen de positivo, para bien de la humanidad, los sinceros esfuerzos del papa y del Vaticano en favor de la paz y el desarme, en defensa de los derechos humanos y, en general, en ayuda de los pobres y desgraciados de este mundo. Desde este punto de vista, nadie va a poner en duda que la institución papal representa en el mundo un constante llamamiento a las conciencias y un ejemplo de generosidad humanitaria y cristiana. Pienso que esto es innegable.

De todas maneras, y aun reconociendo la gran verdad de lo que acabo de decir, me parece que es igualmente justo reconocer que, con demasiada frecuencia, esos llamamientos humanitarios del papa y de la jerarquía eclesiástica se pronuncian de una forma tan universal y genérica que resultan prácticamente ineficaces. Un obispo vietnamita, Nguyen Kim Diem, lo recordó así en el Sínodo mundial de obispos de 1971:

«Las declaraciones de la Iglesia en favor de la paz y la justicia son tan generosas que pueden obtener una gran aceptación. Pero esas palabras son frecuentemente tan generales que los mismos artífices

1130-1139. De los datos que nos proporcionan estas informaciones se deducen las siguientes conclusiones: 1) que la fabricación de armamentos está directamente programada, dirigida y controlada por los diversos gobiernos, mediante los correspondientes organismos oficiales. 2) que igualmente el comercio internacional de esos armamentos está directamente promovido y organizado por los gobiernos interesados, hasta el punto de que, con frecuencia, son los más altos representantes de la administración pública quienes gestionan directamente los negocios de compra y de venta. 3) que los más grandes negocios en esta materia se hacen entre las grandes potencias productoras y los llamados países del «tercer mundo» (América Latina, La India, Oriente Medio y África). 4) en el período de 1950 a 1972, el valor de las exportaciones de armas al «tercer mundo» se elevó a 20.020 millones de dólares. 5) por un informe confidencial de la UNESCO se sabe que el gasto diario mundial en armamentos se eleva a 800 millones de dólares, lo que arroja una cantidad anual superior a 190.000 millones de dólares. 6) que sólo con la mitad de esa cantidad se podrían erradicar la casi totalidad de las epidemias y enfermedades contagiosas y resolver en gran parte los problemas del hambre y la vivienda. 7) que todo esto supone que la orientación fundamental de la **Big Science** está canalizada hacia los intereses bélicos, económicos y políticos, no a resolver los problemas de la alimentación, la salud pública y la cultura. A lo dicho hay que añadir que esos sistemas, cuyo índice de irracionalidad se acaba de indicar, funcionan así porque hay personas que los representan y los dirigen. Y es obvio que tales personas siempre tienen la posibilidad de abandonar su puesto, si es que quieren lealmente ser coherentes éticamente, de tal manera que si permanecen en sus puestos se hacen inevitablemente cómplices del sistema.

de la injusticia y de la guerra pueden aplaudirlas y hacerlas inofensivas, mientras que los pobres, los oprimidos, los que combaten por la paz mundial... se hacen cada día más excépticos. Las verdaderas palabras en pro de la justicia y de la paz no pueden ser sino peligrosas para los que las profieren. Tales palabras no pueden evitar el suscitar la cólera y la venganza... Dos tercios de la humanidad son víctimas de un mecanismo ciego de dinero y de dominación... Nosotros los obispos, ¿estamos dispuestos a anteponer la justicia y el socorro de los oprimidos a los bienes de la Iglesia, a nuestra libertad, a la ayuda que prestamos a los poderes profanos? Seguramente la Iglesia no se identifica con los movimientos políticos. Ella ama a todos los hombres. Pero al amar a todos, ricos y poderosos incluidos, ella debe decir a todos, **clamore valido**, con palabras y con hechos, incluso con peligro de su libertad y de su vida, las exigencias de la justicia»³.

En este mismo sentido se han pronunciado, en más de una ocasión, teólogos de reconocida competencia⁴.

Es verdad que un asunto como el de la carrera de armamentos, por referirme a ese problema concreto, es enormemente complejo, ya que en ello entran en juego los complicados intereses del equilibrio político internacional. Es verdad, por consiguiente, que un asunto como éste no se puede simplificar ingenuamente, lo que implica lógicamente que las actuaciones concretas del papa deberán ser, en todo momento, enormemente matizadas. Pero aun reconociendo eso, sería de desear que ese tipo de actuaciones, referidas a lo concreto de las situaciones, con palabras y con hechos, se produjeran con la claridad y la urgencia que el problema exige.

Por lo demás, se dirá seguramente que un acto como el de la misa de entronización del papa, por ser algo oficial y protocolario, tiene más carácter de ceremonia política y social que de celebración religiosa o estrictamente cristiana. Eso es verdad. Pero precisamente de eso es de lo que yo me quejo. Porque eso exactamente es lo que expresa, con la mayor evidencia, la enorme ambigüedad de esa figura tan popular que es el papa. Porque todo eso parece que nos viene a decir que el papa está con todos o al menos que quiere estarlo. Como también parece que nos viene a decir que todos se sienten aceptados y tolerados por el papa o incluso a lo mejor hasta identificados con él.

(3) Texto citado por R. LAURENTIN, **Réorientation de l'Eglise après le troisième Synode**, París-Ed. du Seuil 1972, 163-164.

(4) Léanse las acertadas indicaciones en este sentido de K. RAHNER, **Cambio estructural de la Iglesia**, Madrid-Cristiandad 1974- 95-101. En el mismo sentido, J. B. METZ, **Teología del mundo**, Salamanca-Sígueme 1970, 164-172.

Ahora bien, ¿qué significa eso? Significa, ante todo, que el papa no rechaza explícita y públicamente a ninguno de los gobiernos allí representados; gobiernos que son directamente responsables de la fabricación y venta de armamentos, con las consiguientes implicaciones de sufrimiento que eso acarrea. Todo eso significa, además, que los representantes de los sistemas que son responsables de todas las atrocidades que estamos presenciando y sufriendo no se sienten públicamente rechazados por el papa. Pero sobre todo, eso significa que los allí presentes están porque tiene que estar; y que el papa los acepta porque los tiene que aceptar. De donde resulta que el «Vicario de Cristo» en la tierra no tiene más remedio que aceptar, acoger y colocar en sitial preferente a quienes representan oficial y públicamente a los sistemas que hoy están en el mundo pisoteando todo lo que Cristo defendió a costa de su vida y de su muerte.

Es evidente que cuando el papa acepta, precisamente en la primera Eucaristía que celebra ante el mundo, a personas representativas de sistemas responsables de las grandes injusticias y los grandes atropellos humanos, consigue ante la opinión pública una popularidad universal muy considerable. Pero a costa de un precio demasiado alto. Porque desde ese momento, el papa se convierte en la figura más ambigua que hay en este mundo. Y no se diga que esa misma ambigüedad tiene el secretario general de las Naciones Unidas, por poner un ejemplo. Ese ejemplo no vale en este caso. Porque el secretario general de la ONU es una figura política y nada más que eso, mientras que el papa debe ser en todo momento una figura normativa o, si se quiere, una figura simbólica, que tiene que expresar ante el mundo, con toda claridad y sin ambigüedades, los valores evangélicos que defendió Jesús⁵.

Y a propósito de Jesús —quiero terminar con esta reflexión— es significativo y chocante el contraste que se advierte entre el Cristo que nos presentan los evangelios y el «vicario de Cristo» que hoy aparece ante la opinión pública. Jesús no se movió jamás en la ambigüedad, porque sus palabras y sus hechos entraron rápidamente en conflicto con los poderes de su tiempo, hasta el punto de jugarse el prestigio, la seguridad personal y la vida. Hoy, con el paso del tiempo, la Iglesia ha adquirido más «sabiduría» y más «poder», más astucia,

(5) Al decir que el papa es una «figura simbólica», no quiero afirmar que no tenga una considerable fuerza de incidencia en asuntos de gran envergadura. Por poner un ejemplo: sólo en Estados Unidos de América los católicos son más de 60 millones. Evidentemente, a cualquier presidente de ese país le interesa sumamente la orientación de los millones de votos electorales que pueden representar esos católicos. Desde este punto de vista, resulta sencillamente escandaloso el silencio del Vaticano en lo que se refiere a las implicaciones de esos votos en relación con el tráfico de armamentos, lo cual contrasta con las posturas tan decididas que ha tomado la Santa Sede en otros casos, incluso amenazando con la excomunión. Parece muy difícil explicar estas actuaciones por inadvertencia o ignorancia.

más política y más eficaz. Pero a costa de limar las aristas punzantes del mensaje evangélico, a costa de neutralizar ese mensaje en muchas ocasiones, a costa en definitiva de la escandalosa ambigüedad, que deja a todos contentos y que a nadie satisface. He aquí el alto precio de la popularidad.

La centralización del poder

Si ahora miramos el problema de puertas adentro, o sea en el interior de la Iglesia, la universal popularidad de que goza el papa entre los católicos es el resultado lógico y natural del poder que detenta. Se dice, y con razón, que la Iglesia no es una democracia. También se dice que la Iglesia no es una monarquía absoluta. Y los que dicen eso tienen igualmente razón. Porque en realidad la Iglesia está organizada de tal manera que en ella el papa es más que cualquier monarca de este mundo. Su poder es supremo y no está sometido a la revisión de nadie en la Iglesia, ni siquiera a la revisión de un concilio general⁶. Los poderes del papa se definen en el Derecho Canónico con palabras tomadas del concilio Vaticano I como «el supremo y pleno poder de jurisdicción sobre la Iglesia universal tanto en materia de fe y moral como en materia de disciplina y gobierno». Este poder se califica de «genuinamente episcopal, ordinario e inmediato sobre todas y cada una de las Iglesias y sobre todos y cada uno de los pastores y fieles, independientemente de cualquier autoridad humana»⁷.

Lo más grave de este asunto es que nada de esto es letra muerta, sino que se trata de un poder que se ejerce así de verdad. De tal manera que, como se ha dicho muy bien, teóricamente todo miembro de la Iglesia, sin hacer nada notable ni bueno ni malo, puede encontrarse en los ficheros de las oficinas romanas. Si el católico se casa, entra a pertenecer a una Orden religiosa, se ordena sacerdote, escribe un libro, enseña en una escuela o en una universidad, llega a ser miembro o funcionario de una organización religiosa privada, se compromete en algo que puede hacer que su caso vaya a Roma a ser juzgado. Con la particularidad que nadie sabe cómo se llevan a cabo esos juicios, ni en virtud de qué leyes o qué principios se pronuncian las sentencias. Todo es secreto e irrevocable. Porque todo está sometido a la suprema e irrevocable potestad del papa. Teniendo en cuenta, además, que cuando se habla de la potestad de **jurisdicción** que tiene el papa, se trata de la potestad de legislar, es decir potestad de obligar a la obediencia, no por medio de la policía, ni de

(6) Esta doctrina es admitida por la teología católica con toda nitidez. Los manuales teológicos son en este sentido terminantes, por más que algunos se planteen los clásicos problemas referentes a la hipotética posibilidad de un papa hereje, y por más que en teoría queden cuestiones por resolver en lo referente a las relaciones entre el papa y el colegio episcopal. De esto hablaré más adelante.

(7) Canon 218, 1-2. Cf. DS 3064.

tribunales como hacen los gobiernos civiles, sino actuando sobre la conciencia del creyente⁸. O sea, actuando sobre lo más delicado que se puede actuar en la vida de una persona que sea verdaderamente digna y consciente. Es evidente que ningún monarca de este mundo alcanza semejante fuerza en su poder.

El papa ejerce este poder por medio de la Curia romana, un complicado sistema de oficinas y dicasterios cuya organización oficial se conoce en sus líneas generales, pero cuyo funcionamiento efectivo resulta con frecuencia misterioso e incluso poco transparente. Ello da lugar a frecuentes ambigüedades en el gobierno de la Iglesia y es origen de no pocas tensiones y de cierto malestar. En la práctica, se sabe que un monseñor de la Curia puede tener, y de hecho tiene, más poder y más influencia en asuntos de envergadura que varios obispos juntos. Como se sabe igualmente que la gestión de los obispos en sus diócesis está sometida a un fuerte control por parte de las distintas oficinas de la Curia romana y por parte también de las nunciaturas de cada país. Además, con el paso del tiempo, la Curia romana ha ido asumiendo cada vez más poderes concretos y asumiendo más responsabilidades, lo que equivale a limitar cada vez más el poder de los obispos y de las Iglesias locales. Por poner un ejemplo: cada cinco años los obispos tienen que enviar una relación a la Santa Sede sobre la marcha de su diócesis. Bueno, pues en esa relación tienen que responder a preguntas como la siguiente: ¿se preocupa suficientemente por saber cuál es la frecuencia con que se confiesan sus sacerdotes?⁹. En los años que precedieron al concilio Vaticano II la inflación del absolutismo romano alcanzó tales proporciones que los obispos tenían que acudir a la Santa Sede para las cosas más insignificantes¹⁰.

Es verdad que durante el último concilio se pidió de manera insistente la descentralización del poder en la Iglesia, en favor de una razonable autonomía de las Iglesias locales. Pero de hecho lo que ha ocurrido en Roma en los años que han seguido al concilio no ha sido un proceso de **descentralización**, sino de **internacionalización**. Ahora bien, lo que hace la internacionalización es que refuerza la centralización, porque de esa manera se otorga a la administración central un valor y un reconocimiento que no se habían dado en tiempos pasados¹¹. Esta centralización se pone de manifiesto también en la forma concreta como se ha organizado la Curia recientemente: todos los documentos de los distintos dicasterios curiales tienen que pasar por la Secretaría de Estado y están some-

(8) Cf. J. L. MCKENZIE, *La Iglesia Católica y Romana*, Madrid-Apostolado de la Prensa 1973, 31.

(9) Cf. AAS X (1918) 487.

(10) Una detallada información sobre este tipo de recursos, que llegaban a cosas verdaderamente ridículas, se puede ver en M.DORTE7L-CLAUDOT, *L'Eglise, ses structures, son gubememest*, Lyon-Fourvière 1071, 33-37.

(11) Cf. R. LAURENTIN, *Nouveaux ministères et fin du clergé*, Paris-Ed. Su Seuil 1971, 31-32.

tidos a esa oficina suprema, directamente controlada por el mismo papa. La consecuencia de esta creciente centralización ha sido la inflación administrativa en la Curia de Roma. Un dato nada más en este sentido: en 1961, los funcionarios de la Curia eran 1.322, mientras que en 1970 llegaban a 2.260. Es decir, se ha casi duplicado el personal administrativo¹², o sea se ha duplicado la burocracia, signo bastante claro de un poder cada vez más centralizado.

Es verdad que después del Vaticano II se habla bastante de la Colegialidad de los obispos, se reúnen con frecuencia las Conferencias episcopales y se tienen cada tres años los Sínodos mundiales de obispos. Pero aquí se debe recordar que la Colegialidad es, a estas alturas, una teología a medio hacer, no una realidad operativa en la administración de la Iglesia¹³; que las Conferencias episcopales están estrechamente controladas por Roma tanto en la aprobación de sus estatutos como en la promulgación de sus decisiones¹⁴; y que el Sínodo de los obispos, por decisión expresa de Pablo VI —adelantándose a la determinación del concilio Vaticano II— no pasa de ser una simple ayuda que los obispos aportan al papa para problemas determinados, pero no es formalmente un órgano de la Colegialidad episcopal¹⁵, lo que quiere decir que el Sínodo no tiene ningún poder ni decisorio ni doctrinal en la Iglesia.

No voy a entrar aquí en el estudio de los problemas teológicos que todo esto plantea, porque eso nos llevaría muy lejos y rebasa con mucho los límites de este trabajo. Me voy a referir, más bien, a los problemas prácticos que todo esto provoca en la Iglesia. Concretamente a dos. El primero, y seguramente el más importante, es que, al estar el poder eclesiástico tan fuertemente centralizado en Roma, la dinámica y la escalada del poder invade y pervierte todo el funcionamiento de la administración clerical. El papa (con la Curia romana) tiene el poder absoluto e incontrastado de poner y de quitar a los obispos, como tiene por consiguiente el poder de hacer que los obispos suban o bajen en el escalafón eclesiástico. Además, el papa es quien nombra y controla a los nuncios, designa a los cardenales y organiza la Curia y a sus funcionarios según los criterios que considera más oportunos en cada momento. Si a todo esto añadimos que Roma controla muy de cerca las actuaciones de cada obispo y de cada nunciatura, lo mismo que las ideas y las decisiones de cada Conferencia episcopal, se comprende perfectamente que el miedo ante el poder de arriba

(12) O. C., 34.

(13) Véase sobre este punto el excelente trabajo de Y. CONGAR, *Ministères et communion ecclesiale*, París-Cerfg 1971, 187-227.

(14) Cf. *Christus Dominus* 38 y *motu proprio Ecclesiae Sanctae* 41. Para una información más amplia sobre este asunto, cf. MANZANARES MARIJUAN, *Las Conferencias Episcopales hoy*: Revista Española de Derecho Canónico 25 (1969) 325-374; N. JUBANY, *Las Conferencias Episcopales y el concilio Vaticano II*: Revista Española de Derecho Canónico 5 (1965) 343-363.

(15) Cf. Y. CONGAR, o. c., 189.

condicione inevitablemente las actuaciones de los que están abajo. Lo cual quiere decir que en la Iglesia todo el que quiera acceder a puestos de gobierno o ascender en esos puestos no tiene más remedio que estar siempre muy atento a las exigencias que impone el poder central. Porque cualquier clérigo, cualquier obispo e incluso todo cardenal sabe muy bien que una palabra o una decisión que disguste a Roma puede resultar fatal para su carrera eclesiástica. Y la consecuencia que de todo esto se sigue es que los dirigentes de la Iglesia se ven constantemente amenazados de proceder —quizás inconscientemente— más impulsados por el miedo ante el poder (amenazante o solicitante) que por el deseo evangélico de servir al pueblo en sus necesidades y en sus situaciones concretas. De ahí que la ambición, con frecuencia bastante bien disimulada, no tiene más remedio que influir decisivamente en el funcionamiento de la Iglesia. Un buen conocedor de estas cosas, el teólogo John L. McKenzie, ha escrito recientemente a este respecto:

«Con sinceridad puede decirse que la ambición clerical ha sido hace mucho tiempo y sigue siendo uno de los mayores problemas del catolicismo romano. La ambición se mueve en canales distintos. Supuesto que alcance suficiencia en las cualidades generales, el obispo ambicioso no tiene que solicitar votos en una diócesis. Sólo necesita un nombramiento administrativo y cultivar a personas influyentes en su propio país y en Roma. Con claridad suficiente tiene ante sí el esquema de cómo comportarse y qué grado de competencia haya que alcanzar. Todo lo que tiene que hacer es cooperar; y puede decirse que la cualidad más estimada es la cooperación. Los sacerdotes católicos han aplicado a su propia Iglesia las líneas de Gilbert y Sullivan referentes al hombre que daba brillo al aldabón de la puerta principal, y no se piense que los seculares influyentes (lo que en este caso significa ricos) no tienen influencia en la recomendación de los obispos» ¹⁶.

El segundo problema que todo este sistema de poder acarrea para la Iglesia es que de esa manera se disminuye fuertemente, y a veces hasta se anula del todo, la creatividad y la aportación enriquecedora de las diversas culturas, de los diversos pueblos y de las Iglesias locales. En la Iglesia católica todo tiene que estar supervisado por Roma y aceptado por el poder romano, es decir, por la mentalidad, por el estilo y por los intereses del poder central. Las culturas, los lenguajes, las simbologías, los sufrimientos y las esperanzas de los diversos pueblos sólo son considerados como cosas válidas en la medida en que los funcionarios de la Curia romana, y en última instancia el papa,

(16) *La Iglesia Católica y Romana*, 54.

piensan que todo eso tiene algún valor o alguna utilidad para el bien de los hombres y de la fe en el mundo. Los católicos japoneses, los de la India, los de Africa y los de la Patagonia tienen que rezar con las fórmulas que Roma considera válidas; y tienen que expresar su fe y sus sentimientos cristianos con los símbolos que Roma acepta como verdaderos símbolos de aquellas tierras y de aquellas culturas. Es evidente que cualquier estudioso, medianamente informado en antropología social y cultural, estará en profundo desacuerdo con esta curiosa manera de pensar. Pero, sobre todo, es evidente que cualquier teólogo, por poca apertura mental que tenga, pensará que todo eso no es necesario para asegurar la unidad de la Iglesia. Porque estamos cansados de decir que **unidad** no es **uniformidad**. Pero el hecho es que todos aceptamos resignados la uniformidad impuesta por Roma, con tal de salvaguardar el poder centralizado del papa, aunque eso sea a costa de que cada vez haya más ciudadanos de este mundo a los que el mensaje de Jesucristo apenas puede acceder.

La centralización del poder pontificio asegura evidentemente la popularidad universal del papa. Pero esa centralización tiene también su precio. Y lo malo es que ese precio se paga, a veces, a costa del sufrimiento de los pueblos y a costa de la creciente dificultad para creer que experimentan muchos hombres de buena voluntad.

La imposible unidad

Quizás el problema más grave que plantea el actual funcionamiento del poder pontificio es que eso representa el obstáculo más importante para la unidad de los cristianos, cosa que ha sido reconocida por el mismo Pablo VI, en la alocución pronunciada en su visita del 28 de abril de 1967 al Secretariado para la Unidad de los Cristianos¹⁷.

No se trata aquí de analizar la complejidad de este problema, con sus raíces históricas y sus derivaciones teológicas a diversos niveles. Sólo quiero fijarme en un punto que me parece el más importante desde el punto de vista práctico. Tal como está concebido y tal como funciona en la actualidad el poder papal, la Iglesia entera puede aparecer, de hecho, como una gran diócesis cuyo obispo es el papa, siendo los demás obispos colaboradores o delegados de este supremo y único obispo, el obispo de Roma. No porque el papa no pueda intervenir directamente en una diócesis determinada, sino porque la manera concreta de ejercitar el poder da pie a que se interprete como una suplantación de los obispos locales cuyo papel en la Iglesia es también de derecho divino.

(17) Texto en AAS 59 (1967) 497 s.

Ahora bien, mientras el poder pontificio se conciba y se ejerza en estos términos aceptemos que la unidad de los cristianos es imposible. Por la sencilla razón de que tanto los Ortodoxos como los Protestantes no están dispuestos a aceptar ese ejercicio del poder papal. Y no están dispuestos a aceptarlo porque ellos están convencidos de que eso no es coherente con la verdadera naturaleza de la Iglesia. Por otra parte, preciso es reconocer que, si las cosas se analizan desde el punto de vista de la exégesis bíblica y desde el punto de vista de la tradición primitiva de la Iglesia, a los que piensan de esa manera no les falta razón. Porque ni del análisis del Nuevo Testamento ni de la tradición de los primeros siglos cristianos se puede deducir la forma concreta en que ha venido a configurarse el poder papal. Sabemos, en efecto, que el término **ekklesía** se aplica en el Nuevo Testamento, ante todo y en la casi totalidad de los casos, a las iglesias particulares, de tal manera que sólo en determinados textos de datación más tardía se habla de la Iglesia en su sentido universal¹⁸. En consecuencia, cuando la palabra Iglesia se aplica a una comunidad local, no se hace eso como una especie de concesión benévola, sino con pleno derecho y en virtud de lo que es el ser mismo de la Iglesia. Eso es así por una razón que se comprende fácilmente: la Iglesia, como han dicho insistentemente los teólogos en los últimos tiempos, alcanza su punto culminante de realización en la celebración de la Eucaristía. Ahora bien, tal celebración es siempre y necesariamente un acto concreto y delimitado en el espacio y en las personas que en ella participa. En consecuencia, la Iglesia es más ella misma y alcanza plenamente su ser más auténtico precisamente en la Iglesia local, en la comunidad concreta, y no en el funcionamiento de la administración jurídica y burocrática que inevitablemente comporta la Iglesia universal¹⁹.

Por otra parte, todo historiador sabe perfectamente que la conciencia y la praxis de la Iglesia en los primeros mil años de su existencia era muy diferente de lo que ha venido a ser en la actualidad. Los estudios que hay a este respecto son abundantes y elocuentes. Y para que el lector comprenda la importancia de lo que digo voy a citar un texto que me parece especialmente significativo. El papa San Gregorio Magno, que gobernó la Iglesia a finales del siglo VI y comienzos del VII, escribía al obispo Eulogio de Alejandría:

«Vuestra Beatitud me indica que no escribiré ya a algunos dándoles soberbios títulos que nacieron de una raíz de vanidad; y me habla diciéndome: «como mandaste». Esta palabra de mandato, os ruego, apartadla de mi oído, porque sé quién soy yo y quiénes sois vosotros:

(18) Sólo en las llamadas cartas de la cautividad se habla de la Iglesia en su sentido más Universal. Para este punto, cf. K. L. SCHMIDT: TWNT III, 488-539.

(19) Para este punto, cf. K. RAHNER, *Primat und Episkopat*, en *Sendung und Gnade*, Innsbruck 1959, 252 ss.

en el lugar, sois los hermanos; en las costumbres, mis padres. No mandé, por tanto, sino que procuré indicar lo que me parecía útil... Pero he aquí que en la intitulación de la carta... habéis hecho poner un título de soberbia, llamándome papa universal. Ruego a vuestra dulcísima Santidad que no lo vuelva a hacer, porque se os quita a vosotros todo cuanto se da a otro más allá de lo razonable. Y yo no deseo prosperar en títulos, sino en obras. No juzgo un honor aquello en lo que veo que mis hermanos pierden el suyo. Mi honor es el honor de la Iglesia universal. Mi honor es el vigor sólido de mis hermanos. Yo me siento verdaderamente honrado cuando no se niega a cada uno el debido honor. Pero si vuestra Santidad me llama papa universal, niega serlo, al reconocerme a mí como universal. Esto jamás. Apartemos las palabras que inflan la vanidad, que hieren la caridad»²⁰.

Por supuesto, la historia de la Iglesia desde Gregorio I hasta nuestros días también es importante a la hora de enjuiciar un problema como el que estamos analizando²¹. Por supuesto, la definición del concilio Vaticano I es vinculante para la Iglesia y así lo reconocemos gustosamente. Por eso, me parece muy pertinente la acertada observación que ha hecho recientemente un buen teólogo protestante: «el papa tampoco contribuiría a la unidad cristiana renunciando a su mandato propio. Si éste desaparece para sortear así el «obstáculo más grave» del ecumenismo, el papa no sólo haría tabla rasa de uno de los pilares de la cultura y de la historia occidentales, sino que también rechazaría, al rechazar tan sólo una de sus interpretaciones posibles, el principio mismo de un primado en la Iglesia; por tanto, rechazaría el principio mismo de un ministerio correspondiente al que ejerció Pedro en la estructura del colegio apostólico»²². Pero lo que ocurre en todo este asunto es que no nos enfrentamos solamente a un problema propiamente doctrinal, sino práctico. No es sólo tal o cual teoría sobre el primado lo que dificulta y hasta hace imposible la unidad de los cristianos, sino la manera concreta de ejercer ese primado, tal como se traduce en la práctica mediante el peso enorme de la centralización romana, con el consiguiente peligro, como ya hemos dicho, de anular no sólo la creatividad de las Iglesias locales, sino, lo que es más grave, con el riesgo de

(20) Este texto ha sido recogido por el profesor M. SOTOMAYOR, *Iglesias en comunión presididas por el obispo de Roma*: Proyección, n.º 105, abril-junio 1977, 119, que cita *Acta Romanorum Pontificum I*, Vaticano 1943, n.º 271.

(21) Como es bien sabido, a partir de Gregorio VII (siglo XI) se acentúa el progreso de progresiva centralización del poder eclesial en la persona del papa. Para una información sobre este punto, cf. Y. CONGAR, *L'Eglise de saint Augustin à l'époque moderne*, París-Cerf 1970, 102-112. Un excelente estudio de la creciente centralización del poder papal, en G. SCHWAIGER, *Supreme potestas. Päpstlicher Primat und Autorität der Allgemeinen Konzilien im Spiegel der Geschichte*, en la obra en colaboración *Konzil und Paps*, München 1975, 611-678.

(22) J. J. VON ALMMEN, *Ministerio papal-Ministerio de unidad*: Concilium 11 (1975) 274.

anular también el significado concreto y práctico de los obispos y de las Iglesias particulares.

Conclusión

Jamás el papa tuvo tanta popularidad como ahora en el mundo entero. Es posible que eso sea bueno hasta cierto punto, no lo sé. Pero, en todo caso, lo que parece incuestionable es que esa popularidad se ha conseguido a un precio demasiado elevado. Al precio de la ambigüedad en el mensaje que la Iglesia puede ofrecer a los hombres y a los pueblos; al precio de la escalada de la ambición en la Iglesia; y al precio, finalmente, de la imposibilidad práctica para conseguir, a corto plazo, la unidad entre los cristianos. ¿Era necesario un precio tan alto para conseguir que el papa sea un personaje tan importante dentro de la Iglesia y ante la opinión pública mundial?

Para terminar, sólo quiero decir que si todo esto ha pasado y está pasando en la Iglesia, nadie va a defender que ello se debe a la maliciosa ambición de los papas o a la megalomanía de determinados eclesiásticos. Las cosas son mucho más complejas. Y la historia lo demuestra con sobrados argumentos. Lo único que está en nuestras manos es el tener la lucidez cristiana y la libertad evangélica para ver las cosas como son, sin meternos en las intenciones ocultas de cada uno, y para poner de nuestra parte lo que cada uno pueda para que el papa y la Iglesia cumplan el servicio que tienen que cumplir en este momento. Dejando bien claro que si hacemos eso, es precisamente por fidelidad al papa, por amor a la Iglesia y por respeto a la humanidad.

José M. Castillo